

Bach, Ana María; Hidalgo, Cecilia (abril 2004). *Tecnología y perspectiva de género : Mujeres ocultas*. En: Encrucijadas, no. 25. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubas.sisbi.uba.ar>>

Tecnología y perspectiva de género

Mujeres ocultas

En las últimas décadas, la perspectiva de género ha contribuido fuertemente a un examen crítico de la tecnología en su intento por desarrollar una concepción contextualizada tanto teórica como políticamente. De este modo, ha permitido no sólo un replanteamiento de la historia de la ciencia tendiente a recuperar la contribución de las mujeres, sino que ha indagado en las razones del borramiento de su papel creativo e institucional.

Ana María Bach (*) y Cecilia Hidalgo (**)

(*) Profesora de la UBA, Ciclo Básico, Facultad de Ciencias Económicas y trabaja en el Instituto de Estudios de Género de la Facultad de Filosofía y Letras.

(**) Profesora titular de la UBA y actualmente Secretaria de Investigación de la Facultad de Filosofía y Letras.

En las últimas décadas, la perspectiva de género ha contribuido fuertemente a un examen crítico de la tecnología en su intento por desarrollar una concepción contextualizada tanto teórica como políticamente. De este modo, ha permitido no sólo un replanteamiento de la historia de la ciencia tendiente a recuperar la contribución de las mujeres, sino que ha indagado en las razones del borramiento de su papel creativo e institucional. Qué ha de considerarse importante como para ser incluido en la historia de las diversas disciplinas e instituciones tecnocientíficas y las distintas barreras formales e informales que obstaculizan el acceso de las mujeres a puestos de jerarquía o a redes comunicacionales resultan aspectos cruciales en su tratamiento. Paralelamente, la perspectiva de género ha permitido una mayor conciencia acerca de las implicancias políticas e ideológicas de la expansión de la tecnología.

Ya desde hace un tiempo, quienes teorizan sobre temas de género han postulado el carácter transversal de la asimétrica categoría de género: aun sin ignorar las diferencias entre los seres humanos producidas a partir de las desigualdades por clases y etnias, entre otras, la diferencia entre los sexos es una de las que se ha “naturalizado” en mayor medida. Por cierto, las relaciones asimétricas entre varones y mujeres se reflejan también en el plano de la producción de conocimiento científico y tecnológico. Según Eulalia Pérez Sedeño [1], los estudios de género han puesto de manifiesto dos formas de discriminación en el ámbito de la ciencia y la tecnología: la territorial y la jerárquica. La primera relega a las mujeres a trabajos rutinarios y aun a disciplinas que se consideran de menor valor. La segunda permite que mujeres capaces sean mantenidas en niveles bajos del escalafón. De este modo, la ciencia y la tecnología resultan “masculinizadas” porque las mujeres o bien son excluidas o bien permanecen ocultas y su trabajo, desvalorizado.

Contra el androcentrismo

Aun cuando se ha pensado que el problema de la masculinización de la ciencia y la tecnología se solucionaría si se incrementara la participación de las mujeres en la comunidad científica, autoras como Sandra Harding han argumentado que el problema es mucho más profundo y requiere de una reconceptualización de la metodología científica en que se basa la tecnología. En general, a pesar de otras diferencias filosóficas, las

teóricas del género post-empiristas comparten la idea de que los valores androcéntricos y los intereses dominantes están presentes en la organización y los resultados de la investigación científico-tecnológica y que, por ello, el aumento en la proporción de mujeres no garantizaría por sí sólo la superación del androcentrismo. Y esto porque cuando las mujeres se proponen seguir con éxito una carrera científica, deben producir resultados acordes a los patrones patriarcales y los métodos estándar aceptados.

Pero como hemos dicho antes, la perspectiva de género no sólo ha abordado cuestiones relativas a la historia y la metodología de la ciencia, sino que ha discutido el papel político e ideológico de la tecnociencia. Como es sabido, etimológicamente “tecnología” proviene de *techne*, las artes prácticas o “mecánicas” de la antigüedad que, asociadas con lo manual, se distinguían de las “bellas” artes, asociadas con la creatividad, la imaginación [2] y consideradas, por ende, superiores. Según Leo Marx, este legado despectivo ha quedado enmascarado por el término más abstracto y neutral de “tecnología”, que no evoca hoy ninguna asociación clara de lugares o de personas que pertenezcan a un país, etnia, género o clase y aparece en el discurso contemporáneo como una entidad, un agente causal autónomo e incorpóreo determinante del cambio social e histórico. La única marca temporal, de carácter controversial, la remite a un tipo de conocimiento que, surgido a partir de la Revolución Industrial, utiliza los métodos científicos y está sujeto a sus normas. Cabe destacar que la noción de tecnología se distingue asimismo de la de técnica, considerándose a esta última como una disposición connatural a los seres humanos y no como un tipo especial de conocimiento.

Aspectos sociales

Es interesante señalar en este punto que ya Ortega y Gasset en *Meditación de la técnica* destacaba que la evolución de la técnica no tenía por qué estar marcada por los artefactos, siendo más significativo pensar en la relación entre los seres humanos y su técnica, para comprender a partir de ella el cambio sustantivo que conlleva esta última en la vida contemporánea. Así distingue tres grandes estadios en la evolución de las técnicas: la técnica del azar, la del artesano y la del técnico. El primer estadio corresponde a la técnica primitiva en la que los seres humanos no son conscientes de su papel en su invención, tomándola como un acto natural ejercido por igual por mujeres y varones, diferenciándose tan sólo según fuese la faena técnica. De este modo, la mujer había inventado la técnica agrícola, pero eso les parecía “tan natural como que de cuando en cuando se ocupe en parir” [3]. El segundo estadio corresponde a la técnica del artesano, en la antigua Grecia, Roma y la Edad Media. En este extenso período se producen instrumentos –no máquinas– que requieren de un aprendizaje de las técnicas que vienen dadas por la tradición, y por ende suponen conciencia de estar ejecutando una técnica. En el tercer estadio se producen máquinas [4] que, a diferencia de los instrumentos, pueden actuar por sí mismas, aunque estén bajo control. Ahora no es la máquina la que ayuda al hombre, sino a la inversa, siendo la separación del obrero y del técnico la principal característica de este estadio. La idea en la capacidad ilimitada de la tecnología acompañará de allí en más la conciencia del hombre.

Por cierto, Ortega y Gasset expresa de un modo ejemplar una visión patriarcal en la que la naturalización del borramiento de la mujer en el segundo y tercer estadios se torna patente, al tiempo que anuncia la renovada importancia política que las reflexiones acerca de la tecnología cobrarían luego de la Segunda Guerra Mundial, fecha a partir de la cual podría decirse que vivimos en un entorno híbrido, producto de la fusión estrecha entre los procesos naturales y los tecnológicos, en el que prima el determinismo tecnológico. En un influyente texto de 1985, la polémica y sugerente Donna Haraway [5] sostuvo que el determinismo tecnológico “es sólo un espacio ideológico abierto para los replanteamientos

de las máquinas y de los organismos como textos codificados, a través de los cuales nos adentramos en el juego de escribir y leer el mundo”. Haraway utiliza la metáfora del cyborg para referirse a los organismos cibernéticos, a los híbridos de máquina y organismo, a las criaturas de realidad social y también de ficción, que viven en mundos ambiguamente naturales y artificiales. Textos como el de Haraway destacan pues cómo, a pesar de una aparente neutralidad, los discursos y productos de la tecnología son políticos.

Aproximaciones de género acerca de la tecnología de un tenor ligeramente diferente muestran además cómo las demandas occidentales de científicidad son usadas para imponer tecnológicamente relaciones de opresión social en las mujeres de los países en vías de desarrollo, aunque esto también vale, como se señalara antes, para las diferencias de clase y etnia aun dentro de los países desarrollados. Así en Centroamérica, por ejemplo, el reemplazo del uso de tecnologías indígenas por aquellas diseñadas en los países desarrollados ha significado cambios en la división de género del trabajo, siendo en muchos casos las mujeres las que más han perdido el control, tanto sobre los procesos tecnológicos como sobre los productos terminales.

Por fin, las teorías de género también contribuyeron a la ampliación de la consideración de los aspectos sociales de los que hay que tratar cuando se habla de tecnología. Así han cobrado importancia nuevas temáticas, tales como el teorizar y tomar en cuenta el conocimiento no sólo de quienes producen tecnología sino también el conocimiento que se brinda a los usuarios/as, que a su vez comprende saber cómo usar y reparar los productos, sin olvidar la necesidad de proveer los medios para ello. En efecto, en la actualidad en países de Asia, África y Latinoamérica, las mujeres soportan lo más arduo de la producción agrícola, del 40 al 80 %, y son responsables del mantenimiento, en su totalidad, de cerca del 30% de las familias rurales [6].

A pesar de que durante la Década de la Mujer de las Naciones Unidas (1976-1985) se estimuló el interés de las mujeres por su rol en la tecnología no sólo como usuarias sino también como productoras e innovadoras, conviene reiterar la importancia de que en el desarrollo tecnológico se las tenga en cuenta. Oblepias-Ramos sostiene en este sentido que las mujeres deben tener la oportunidad de ejercer control sobre la tecnología, pues son muchos los casos de introducción de tecnologías que, habiendo correspondido a técnicas tradicionalmente realizadas por mujeres, se convierten en propiedad de los varones al producirse un avance tecnológico que las hace más valiosas, tal como sucedió, por ejemplo, con la rueda del alfarero. De esta manera, la perspectiva de género ha permitido tomar conciencia de que para lograr que las mujeres logren una situación de equidad y superen las bipolaridades jerárquicas, deben también tener acceso a las decisiones tecnológicas, en sus distintas etapas de desarrollo, planeamiento, transferencia y aplicación.

Notas

[1] E. Pérez Sedeño, “De la necesidad, virtud”, en Ambrogi, Adelaida (comp.) Filosofía de la ciencia. El giro naturalista. Universitat de les Illes Balears, 1999.

[2] Sabemos que las bipolaridades jerárquicas están legitimadas desde la antigüedad, así el hecho de separar las artes en prácticas y bellas iba de la mano con otras oposiciones como lo físico y lo mental, lo femenino y lo masculino, el hacer y el pensar, lo natural y lo social, dicotomías en las que se connota negativamente al primer término de la relación.

[3] Ortega y Gasset, J., Meditación de la técnica, Madrid, Revista de Occidente, 1957

(1939 1ra. edición), pp. 73-91.

[4] Según Ortega y Gasset, la primera máquina fue el telar de Robert creado en 1825.

[5] Haraway, D., "Manifiesto para cyborgs: ciencia, tecnología y feminismo socialista a finales del siglo XX" en Ciencia, cyborgs y mujeres, Valencia, Cátedra, 1995.

[6] Oblepias-Ramos, Lilia (1991), "Does technology work for women too?" en Hopkins, Patrick (ed), Sex/ Machine, Indiana, Indiana University Press, 1998, Informe del INSTRAW International Research and Trainig Institute for the Advncement of Women, p. 89.